CAPITULO VII.

La Primera Batalla.—El Prefecto de Ixtlan.—El Capitan de Guardia Nacional.—Contra Cobos.—Rasgo de Heroismo.—Valor Terne.—Cuadro Politico.—Tehuantepec.—Gobernador y Comandante Militar.—Primer Rebeldia.—En "Santo Domingo."—Correrias.—Una Anecdota.—Escaramuzas y Combates.—Vigilancia y Arrojo.—Su Presencia en el Combate.—Juarez en Veracruz.—Otra Rebeldia.—El Exito que Vindica.—La Fama del Guerrillero.

¡La primera batalla!—El gran trágico de la antigüedad, Esquilo, no podía olvidarse, ya anciano y ahito de gloria—gloria que debió al númen y á la prosapia de sus versos—de los bosques legendarios de MARATON. No los olvidaba; no olvidaba la épica lucha en que tomó parte ni en sus años postrimeros, cuando ya aproximándose al sepulcro—donde se adormecería al rumor perenne de las alabanzas de los siglos—escribía para su tumba aquellos versos:

"Cubre esta loza á Esquilo el ateniense
Hijo de Eufórion, pereció de Gela
En la llanura dilatada y fértil.
Si fué valiente, MARATON lo diga
Y el Medo de profusa cabellera;
Ambos le vieron manejar las armas."

¡Ni un solo recuerdo, ni una alusión siquiera á la MUSA, de regia estirpe, cuyas caricias le dieron renombre in-

mortal; pero..... MARATON estaba en su mente, como un sol, ofuscándolo todo, iluminando y condensando todos sus recuerdos! En Maratón, sin embargo fué simple soldado, uno entre miles; en tanto que, como poeta, vistió la púrpura, ciñó corona, fué rey; pero..... ¡MARATON había sido su primer batalla!

Dícese que el tirano de Méjico nunca se olvida de la acción de IXCAPA, y que con frecuencia se refiere á ella en su conversación familiar. Es indudable que entre Maratón é Ixcapa, hay diferencia notable, pesando históricamente ambos hechos de armas; pero, Díaz puede muy bien tomarle á Leopoldo Alas aquel verso de Musset, que se complacía en citar y repetir:

"Mon verre n'est pas grand; mais je bois dans mon verre."

"Mi vaso es pequeño, mas bebo en mi vaso.

La refriega de Ixcapa es una bella página. En primer lugar, el Teniente Coronel Velasco, bajo cuyo mando militaba el Capitán Díaz, era un militar valiente, experto y buen liberal; peleaba contra el reaccionario, por la causa de la paz y del buen gobierno, con convencimiento y firmeza. En lo que cabe, la acción fué ruda, "se combatió cuerpo á cuerpo," dice el parte; y lo que es más, en éste se cita á Díaz con dos motivos, es a saber, ponderando su buen comportamiento y por haber sido uno de los heridos en el encuentro. No se necesita más para encariñarnos con una *primer batalla*, que, á la vez que exige el sacrificio de sangre, corona nuestro primer triunfo con la doble palma del dolor y de la gloria.

El Capitán de Guardia Nacional, electo en Oajaca en 1856, en 1857 compraba así, con su sangre, los lauros de una primer victoria; la cual iniciaría una secuela brillante de triunfos meritoriosos. Tras Ixcapa, la ciudad de Oajaca sería testigo de un notable acto de arrojo, que no pasaremos por alto.

Ocupada la Capital del Estado por las fuerzas reaccionarias del bandido español José María de los Cobos, el gobierno liberal y sus defensores, habíanse atrincherado en

el lado Norte de la ciudad. Al mando de aquellos se hallaban los generales Díaz-Ordaz é Ignacio Mejía, y por acuerdo de ambos jefes, se confió la defensa de Santa Catarina, es a saber, uno de los puntos estratégicos de mayor importancia, al Capitán Porfirio Díaz, á quien acompañaban el de igual graduación, Ramón del Pino y el Subteniente Marcos Carrillo. Mandaba el primero una compañía de Ocotlán y el segundo un piquete de milicias de Tuxtepec. En cuanto al Capitán Díaz, acompañábanlo sus valientes Ixtlecos, á quienes un año antes había adiestrado en el arte de la guerra.

Ruda fué la fatiga, múltiples las peripecias de la lucha, durante esta jornada memorable; pero la terne resistencia física del joven Capitán resulta asombrosa, si se toma en cuenta que, durante la refriega, el principal trabajo de su fiel asistente consistió en proporcionarle nuevos lienzos para restañar la sangre de la herida, nuevamente abierta, que luchando cuerpo á cuerpo recibió en Ixcapa.

Un ex-militar, (que por cierto no se numera entre los más apasionados *diistas* de los tiempos actuales), nos contaba, hace algunos años, el detalle siguiente:

Durante una de las breves pausas del asalto, el Capitán palideció por un instante; lo cual observado por uno de los soldados que junto á él se hallaban, y notando que su pañuelo estaba todo lleno de sangre, se dirgió al Capitán exclamando:

—¡Ya lo hirieron, mi Capitán!

—No, muchacho, contestó el joven Díaz sonriendo, es el "rozón de Ixcapa.

Durante esta misma jornada los víveres se agotaron casi por completo.

Cenaban una noche los capitanes Pino y Díaz en la casa del patriota liberal D. Juan Antonio Gamboa, cuando el primero de aquellos apostrofó así de improviso al segundo:

—Mañana no habrá rancho para la tropa.....

—*¿Ya no tiene el enemigo?* contestó Díaz con naturalidad perfecta.

La misma noche, y sin más auxilio que su propio asis-

tente y un muchacho de pocos años armado con una pistola, se apoderó de una cantidad de víveres del enemigo, que fué suficiente para poner á sus soldados al abrigo del hambre. La confianza en sí mismo, llevada hasta la superstición si es necesario, es el atributo por excelencia de los soldados de fortuna. El Coronel Tejera, que en Puerto Artura mandaba el cuerpo de "*descalzos*," que primero escaló la montaña 203, se hallaba perfectamente tranquilo entre la granizada de metralla que "hacía hervir la tierra en torno suyo." ¿Por qué?—Porque poseía el convencimiento de que "aún no se había fundido la bala que debiera arrancarle la vida."

Y esta confianza ciega en sus aptitudes morales y fortuna, resaltaron desde los primeros pasos del hoy General-Presidente, en su carrera militar y política.

Acercábanse para la causa liberal tiempos luctuosos. Apenas proclamada, en 5 de Febrero de 1857, la Constitución Federal de la República, y ya el Presidente Comonfort, el primero en jurarla, habíala traicionado. Zuloaga, en Tacubaya, había proclamado un Plan de Gobierno, conforme al cual, sin descartar por completo los principios liberales, se transigía con lo que entonces pudo llamarse "la conciencia del país," haciendo importantes concesiones á los reaccionarios. Unas defecciones se sucedieron á otras, desastres á desastres, hasta perderse por completo el equilibrio político.—Pero el novel guerrillero no debería darse cuenta, sino mucho más tarde, de que, rumbo al Noroeste de las montañas patrias, allá donde las llanuras del *Valle Central*, con sus lagos y crestas nevadas, cubren con una sábana de verdor, manchada de blancos caseríos, la inmensa boca del prehistórico volcán reconocido por Humboldt, un Maelstróm de pasiones ingnescentes se agitaba en oleadas excéntricas y absorventes..... El *Sur* marcábale entonces, un itinerario de aprendizaje.

La campaña del Sur nos muestra á Díaz, siempre arrojado y siempre alerta. Decisión en el ataque y vigilancia continua, fueron dos buenas cualidades militares que siempre le distinguieron, y parte fueron principal de sus pequeños pero continuados triunfos de guerrillero. Como Ifícrates, el general griego, parecía estar convencido de que "la peor frase que puede pronunciar un general es, "no me lo esperaba."

Un cuerpo formado por varias compañías escogidas entre los batallones acuartelados en Oajaca, emprendió la marcha hacia Tehuantepec, á donde las fuerzas derrotadas del reaccionarismo, habían encontrado refugio entre los "*patricios*" conservadores, que en aquel distrito abundaban y les prestaban toda clase de auxilios. Hacer la guerra á los conservadores en Tehuantepec, no era empresa baladí, pues fuera de las fuerzas más ó menos organizadas de Cobos, allí ardía atizada por el fraile revolucionario, la llama del reaccionarismo cuyas chispas incendiaban todo el territorio. No había refugio seguro para los liberales. La traición les acompañaba y les recibía en todas partes; operaban en pleno campo enemigo. Es innegable que el triunfo de JALAPA había dado cierto "prestigio local" á los constitucionalistas; pero la importancia de éste, á pesar de lo rudo y desigual del combate, no era trascendental, desde el momento que no había contribuido á ganarles prosélitos en el bando enemigo, y sí á profundizar la discordia. Una *derrota*, cuando la guerra se hace en parcialidades ó guerrillas, las más veces sólo sirve para fortificar el encono en los vencedores y para plantar más hondo la semilla del odio en los vencidos. Las eternas luchas de güelfos y gibelinos, montescos y capeletes, se agitan en el seno de los hogares, se ocultan en el bosque, asoman en las cúspides y grietas de las montañas, aislados ó en grupos; y, por último, brotan á cualquier momento como del seno de la tierra. Donde se muestran pocas veces, es tras las trincheras ó parapetos; por eso son mucho más terribles; por eso es tan terrible y desmoralizadora la guerra en guerrillas, que viene á ser la herencia del salvaje: (cruel, ignoble, traidor, sanguinario), á la civilización moderna; cuyos guerreros se dedican al exterminio como á una operación matemática; ora *iluminando* la llegada de la muerte á los adversarios con focos eléctricos, ó bien con la pirotecnia de las granadas;

y diezmándolos con toda la calma y placidez de la ciencia. ¡Cuánto se ha caminado desde los Partos "siempre sedientos" de Temístocles, á los soldados de Puerto Arturo y de Manchuria, alimentados con píldoras!

El Capitán Díaz, que había sido nombrado Gobernador y Comandante Militar del Departamento de Tehuantepec, tenía ante sí una empresa formidable; y para llevarla á cabo, contaba escasamente con doscientos hombres, mal pagados y peor pertrechados. "Ni armas ni dinero," era la fórmula corriente de los guerrilleros y "compañías sueltas" de entonces.

Se nos refiere que en una de tantas correrías por el distrito, el Capitán Díaz, acompañado de un piquete de diez hombres, había llegado á una hacienda ó rancho, donde si bien pasto se encontró para las caballerías (del que el campo provée); en cambio, nada en materia de provisiones pudo conseguirse; y merced á la sabia precaución de los moradores, no se veía una sola ave de corral, cerdo, ó cosa alguna reducible á guisado. Pero en el fogón de uno de los *jacales*, hervía una cazuela con apetitosa revoltura de huevos y frijoles. Los oficiales y soldados hambrientos que acompañaban al Capitán, dirigían miradas alternativas á éste y á la cazuela. Díaz conservaba su calma habitual, aunque no sin dirigir alternativas miradas á la cazuela y á la ama del jacal; por último, una idea feliz acarició su cerebro. Sonrió; con mucha tranquilidad sacó de uno de los bolsillos una hermosa mascada de seda—obsequio cariñoso, sin duda—y mostrándola á la casera no sin cierta delicadeza ruda, propia del tiempo, la dijo sin rodeos:

—Le doy esta mascada por esa cazuela de frijoles.

Un instante de vacilación por parte de la interpelada (cuyo *feminismo* había sido atacado victoriosamente), y luego estas palabras:

—Está bueno, señor, si no tienen dinero.....

—Ni un *medio*, contestó el Capitán; con verdad, pero á la vez con fina ironía.

—Está bueno; coman ustedes.

Y los honrados aventureros no se lo hicieron decir dos veces; que apetito traían retrasado desde las últimas cuarenta y ocho horas.

Por supuesto que la anécdota anterior no la damos como típica de los guerrilleros, ni siquiera de los oficiales de Ejército, durante el período revolucionario; pero sí como característica de un hombre para quien el concepto de virtud, sólo tiene significación en su manifestación más ruda y cercana. Pero cuando la divisa, ó cree divisarla, con claridad, la rinde culto con fanatismo. Por desgracia, su criterio es malo, rudo; el compás y la escuadra con que mide y juzga hombres y sucesos, son toscos, primitivos: sus actos buenos, deben llamarse propiamente aciertos; es un gran jugador; se ha sacado muchos "premios gordos" en la lotería de la vida.....

Para salir avante en su empresa, ardua y heroica, contaba con dos elementos personales: valor y decisión; en otros términos: "*amor al arte.*" Un combate para Díaz, era casi una fiesta; y cuando no estaba en ellos, soñaba con ellos.

Pero antes de narrar, en comprobación de lo dicho, algunas de sus hazañas, no pasaremos por alto un detalle importante, aparejado á su nombramiento de Gobernador y Comandante Militar. La ley exigía, que para la recaudación de rentas anexa al cargo, quien lo desempeñara debería caucionar su manejo. Pero Díaz, que nunca ha tomado muy en serio las leyes del país, contestó con altanería al Gobierno, que "no quería molestar á sus amigos pidiéndoles fianzas, que nombraran otro recaudador, etc." Y la cosa paró aquí. El Gobierno hizo "una excepción" en gracia del esforzado capitán, "teniendo en cuenta sus antecedentes" y "sin que esta excepción fuése considerada como regla."—En los años por venir, la "exepción" debería ser la "regla" del Caudillo de fortuna.....

Amurallado en el Convento de *Santo Domingo*—que indudablemente le recordaba aquel otro de igual nombre, teatro de la más bella de sus proezas juveniles—su espíritu siempre vigilante, "reposaba preparado."—¡Impresiona en

alta mar, la calmosa vigilancia del faro, tras el que se adivina *un hombre* en acecho de la tempestad y los desastres!...

Atacado con frecuencia por los "patricios," sus salidas de reconocimiento, ó tácticas, eran frecuentes; tanto de día como de noche. Su servicio de espionaje, era tan perfecto cuanto posible era en tan difíciles condiciones, y gracias á él, nó solamente se mantenía alerta en el Convento-fortaleza, sino que *divisaba*, si vale decir, cuanto ocurría á diez leguas á la redonda.

En una ocasión (12 de Abril, 1858), llegó al cuartel una partida de las que recorrían los alrededores, y con frecuencia se tiroteaban con el enemigo, (oculto y presente en todas partes), trayendo la noticia de que en el rancho de las JICARAS, el Coronel español José María Conchado había logrado reunir un número considerable de guerrillas dispersas, organizándolas y formando con ellas compañías y batallones, con que intentaba atacar la plaza. No era noticia fresca para el Capitán Díaz, pues no ignoraba la actividad últimamente desplegada por el ex-guerrillero carlista, ni sus frecuentes incursiones á las haciendas y ranchos inmediatos; pero, á lo que parece, la oportunidad por él esperada había llegado de improviso. Nada extraordinario ocurrió en el cuartel durante el día; pero desde las primeras horas de la noche, los jefes fueron informados del movimiento que se proyectaba. Entre diez y media y once de la noche, el grueso del destacamento abandonó la villa casi sin ser advertido. "Dando nuestros soldados ejemplo de *aguante increible* (nos escribe una persona de Oajaca, merecedora de toda confianza), caminaron por el monte, torciendo veredas y brincando zanjones, que abundan mucho por ahí; esto por más de cuatro leguas, hasta llegar á un monte muy tupido donde hicieron alto por primera vez nuestros soldados. Pero el Jefe (Díaz), apenas habían tomado algunos alientos los soldados, dió orden de marcha á paso veloz, y caminando de esta manera llegaron hasta avistarse con el enemigo, que inmediatamente dió frente desplegándose las avanzadas en tiradores..... A los pocos momentos ya las fuerzas del Gobierno estaban sobre el enemigo..... Lo recio del encuentro (?) fué cuerpo á cuerpo.... El enemigo quedó tan completamente derrotado, que no sabían para donde huir..... Después se supo la muerte de Conchado, con lo que los conservadores acabaron de desmoralizarse" (*)—NÓTESE lo *audaz* del movimiento, la *oportunidad* de resolución y la *ejecucion* inmediata; todas cualidades de un buen guerrillero.

La naturaleza de hierro del joven Capitán, había cedido á los rigores del clima. Hallábase postrado en el lecho, víctima de una fiebre palúdica; y el enemigo lo sabía. Así es que los ataques al cuartel llegaron á ser casi diarios. Un día circuló el rumor de la gravedad del Comandante Militar, y con ésto coincidió un ataque rudo, en fuerza considerable, por parte de los contrarios. A punto estaban de retroceder en desorden las tropas liberales, cuando de improviso se presentó en el campo y en lo más recio de la lucha, el capitán Díaz. Su simple presencia, bastó para arrojarle á sus plantas encadenada la victoria. ¡Una vez más le sonreía acariciadora la Fortuna!... No pudo ver terminarse el combate: cuando el enemigo huía, cayó por tierra desmayado.

Nimio, y fuera de propósito sería para nosotros, narrar todos los hechos de armas en que Díaz tomó participación más ó menos directa, durante su gobierno (?) en Tehuantepec. No debe olvidarse que no escribimos biografía, ni historia; sino "filosofía de la historia;" esto es: "el encadenamiento racional de los acontecimientos, con los personajes que tomaron parte activa en la realización de los mismos."

Y aun en este terreno, nuestra labor es restringida, puesto que los hombres y acontecimientos políticos de la República sólo nos interesan, por cuanto directa ó indirectamente se hallen enlazados con el personaje principal de esta obra.

Con el triunfo de la MIXTEQUILLA, en el cual hecho de armas pereció el Teniente Coronel reaccionario Espinosa

(*) Creemos en la nimia exactitud de esta descripción, pues el informante es un caballero respetable y nada afecto al actual autócrata.

(17 de Junio, 1859)—de la propia suerte que el Coronel Conchado había sucumbido en LAS JICARAS—las fuerzas conservadoras habíanse fraccionado, huyendo la mayor parte de ellas rumbo á Pochutla. Así es que por un momento debió creer el Gobernador, que iba á principiar para él y sus fieles compañeros un período de descanso:

Jam satis prata biberunt, laudate puer

Entretanto, en el Centro de la República verificábanse acontecimientos serios, que narraremos en otro lugar. El *5 de Mayo*—fecha predestinada á ilustrarse en nuestros anales patrios—del año anterior (1858), el insigne reformista D. Melchor Ocampo, dirigió una circular á los Gobernadores de los Estados, anunciándoles la llegada de Juárez á Veracruz—la "Ciudad Heroica" también predestinada á ilustrase en los fastos de nuestra historia.

Meses después, las fuerzas liberales, comandadas por el General D. Ignacio Mejía, fueron completamente derrotadas en Teotitlán del Camino, y Díaz-Ordaz, el gran patriota que sucedió en el Gobierno á Juárez, y cuyo glorioso fin se aproximaba ya á paso rápido, habíase visto obligado á internarse en la Sierra, mientras el reaccionario Cobos se establecía cómodamente en la capital de Oajaca.

Mientras esto acontecía, de Nueva York se habían enviado, con destino á Tehuantepec, siete mil fusiles y considerables municiones de guerra. Cobos lo supo, y tan luego como le fué posible, destacó rumbo al Sur una columna al mando del General Alarcón, compuesta de las tres armas, y con instrucciones de reforzarse con las guerrillas de Manzano, Ojeda, Trebeque y otros, durante la marcha.

El Ministro de Gobernación, D. Melchor Ocampo, no desconoció el peligro de que los materiales de guerra mencionados, cayeran en poder de los jefes reaccionarios; y en su consecuencia, sin pérdida de tiempo, y con temple de alma digno de él y de quienes le rodeaban, dió orden terminante al Gobernador y Comandante Militar Porfirio Díaz de que tan luego como los materiales referidos se recibieran fuesen sacrificados.

Díaz contestó, que nó sacrificaría tan valioso tesoro y que procuraría salvarlo.

Y, en verdad, lo salvó—merced al patriótico y valiente auxilio de los juchitecos. (*)—Tal acción, militarmente hablando, mereció ser premiada como la del heroico marino en el "93" de Victor Hugo; es á saber: se le condecoró, primero; y luego, se le hizo pasar por las armas.

El gobierno civil de Juárez, no tuvo sino plácemes para el jefe desobediente en campaña. Si Díaz hubiera perdido el convoy, como bien pudo ser, su delito hubiera sido tan palpable, cuanto irredimible.

Poco tiempo después (24 de Noviembre, 1859), sorprende una avanzada del enemigo, el cual había ocupado la ciudad. Informado de sus posiciones por los prisioneros, le cae de improviso y ataca con furia. El, con diez hombres, asalta la Prefectura, y la toma; y luego—sus valientes infantes le dan un triunfo decisivo.

Triunfo que le valió el grado de Coronel de Guardia nacional, y las felicitaciones de su gobierno. Por primera vez, el nombre del guerrillero oajaqueño sonaba con admiración y encomio, en las altas esferas políticas. Le aureolaba la distancia: contaba 29 años.

El armamento se sacó de la ciudad en 100 carretas, á la vez que Díaz laa bandonaba y poco después fué embarcado en *La Ventosa*.